

como se lo significó su inspirada prima Isabel, diciéndole: *Beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea quæ dicta sunt tibi à Domino* (LUC. I, 45).

La fé proporcionó á los Magos la envidiable dicha de encontrar y adorar á Jesucristo recién-nacido (MATTH. I, 2).

Véase cuán viva fué la fé del Centurion, cuán alabada y premiada por el mismo Jesucristo (MATTH. VIII, 8): la de la Cananea (MATTH. 15): la de la mujer, que tocó la orla del vestido del Salvador y quedó curada: la de los dos ciegos, que alcanzaron la vista (IDEM. 9): la de S. Pedro, cuando confesó á Jesús por verdadero Hijo de Dios (IDEM. 16).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Principium vitæ est fides, finis vero ejus dilectio, ambæ enim simul junctæ hominem Dei perficiunt. S. Ignat. ep. ad Philipp.

Fides catholica contra omnes morbos animi medelam affert. S. Hilar. lib. 2 de Trinit.

Fides virtutum omnium stabile fundamentum est. S. Ambros. in Psal. 40.

Fides principium christiani est, plenitudo autem christiani justitia. Idem in Psalm. 128

Non capiunt fidei magnitudinem angusta impiorum peccatorum. Idem lib. 3 de Spiritu S. cap. 18.

Quod mens humana rationis investigatione non potest comprehendere, fidei plenitudo complectitur. Idem in Luc. capítulo 3.

Sicut in mari, nisi anchora jactata figatur navis, ventorum ludibrio exposita hinc inde

El principio de la vida espiritual es la fé, su fin es el amor: estas virtudes reunidas perfeccionan al hombre de Dios.

La fé católica es un remedio eficaz contra todas las enfermedades del alma.

La fé es el firme fundamento de todas las virtudes.

La fé es la señal del cristiano; pero su perfeccion consiste en la rectitud de sus obras.

El corazon mezquino de los impíos es incapaz para contener en sí la grandeza de la fé.

La fé perfecta comprende el conocimiento de todas las cosas, que el entendimiento humano no puede entender con auxilio de la razon.

Así como la nave en el mar se ve agitada por los vientos en opuestas direcciones, si no se echa

jactatur, ita nisi intellectus noster per fidem firmetur, ab opinionum variarum fluctibus semper circumfertur instabilis. S. Chrisóst. Hom. 2 in Epist. Hebr.

Antequam videas quod videre non potes, crede quod nondum vides: ambula per fidem, ut pervenias ad speciem. S. August. serm. 18 de verb. Domin.

Noli intelligere ut credas, sed crede ut intelligas: intellectus merus fructus fidei est. Idem in Joann.

Fides attingit inaccessa, deprehendit ignota, comprehendit immensa, ipsam denique eternitatem suo illo vastissimo sinu quodammodo circumducit. S. Bernar. Serm. 76 in Cantic.

el áncora, así nuestro entendimiento, si no está bien arraigado en la fé, se deja arrastrar con increíble presteza por la corriente de varias y encontradas opiniones.

Cuando te parezca que comprendes lo que te es imposible, persuádate de que aún no lo comprendes: déjate guiar de la fé para conseguir la comprension.

No esperes á comprender para creer, sino que debes creer para comprender; pues el conocimiento es el premio de la fé.

La fé alcanza hasta lo inaccesible, encuentra lo desconocido, sondea lo inmenso, y, en cierto modo, abarca en su vastísimo seno á la eternidad misma.

FELICIDAD;

(LA VERDADERA, SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.)

I.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem et trasfiguratus est ante eos.

Toma Jesús á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y se trasfiguró en su presencia.

(MATTH. XVII, 1.)

El mundo, con objeto de llamar la atención de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infun-

dirles sus máximas, ha creído, sin duda, hacerlo más apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaría con más propiedad, si lo llamara escuela práctica del desorden, de la disolucion y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios, que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestion, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada eleccion, pueda mirarse como una recreacion inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparacion cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que ofrece á nuestra consideracion la Iglesia de Jesucristo? Elijase entre aquéllos el más completamente acabado, el más notable por todas sus circunstancias, el mejor en todo sentido; ¿podrá jamás compararse con la representacion que hoy se nos hace de la trasfiguracion gloriosa de nuestro divino maestro? En aquéllos, un héroe, muchas veces fingido, que solo existe por lo regular en la imaginacion acalorada de un poeta, y que comunmente ostenta los defectos ó inclinaciones de que adolece su autor, recibe por recompensa de su heroismo una admiracion que no conoce, ó á lo más, unos débiles aplausos, que es imposible lleguen á sus oídos. En esta... ¡oh! qué notable diferencia, qué enorme distancia, qué oposicion tan patente se descubre! En esta, el Santo por esencia, el verdadero Dios, manifiesta una parte de la gloria infinita, que se ha merecido justamente con el heroismo verdadero de sus virtudes, y asegura su posesion á cuantos quieran disfrutarla, dejando abierto y expedito el camino que ha de conducirlos á ella con seguridad. En los primeros, se tributan exclusivamente al héroe los elogios, sin que quepa la menor parte á los espectadores; en la segunda, si bien el héroe principal es el solo acreedor á todos los honores, delicias y bienaventuranza, se comunica, sin embargo, toda entera á cuantos la deseen con sinceridad.

¡Ah! quiera el Señor que yo acierte á delinear siquiera esta escena tan magnífica, que describe de un modo sucinto, pero sublime, el Evangelio de este día; haciéndoos ver al mismo tiempo, cuán incapaces son todos los placeres de esta vida, aún los más inocentes, de formar nuestra felicidad, y cuán imprudentes somos, por tanto, en esperarla de ellos. Así lo deseo, y así lo suplico humildemente por la intercesion de su santísima Madre. A. M.

1. Oprimido el hombre con el enorme peso de sus culpas, daría tal vez consigo en el abismo de la desesperacion, si aquel Dios, á cuyas gracias tan infielmente ha correspondido, no se dignara ofrecerle con instancias su misericordia infinita, llamarle á grandes voces á su posesion, y dar los primeros pasos para conducirle á ella; y hé aquí por donde da principio el grandioso espectáculo de la trasfiguracion del Señor. Tomó Jesús, dice el Evangelio, á Pedro, á Santiago y á Juan. Aquí tenemos tres apóstoles, que léjos de solicitar semejante felicidad, ni la esperaban, ni tenían la menor idea de ella. Por otra parte, carecian de todo fundamento para suponer, que su Maestro les daría la preferencia entre los demás compañeros. El Señor, los llama, movido solamente de su amor y beneficencia: los llama, sin preceder de su parte mérito, peticion ni deseo alguno: los llama, como lo hizo con un David, con una Samaritana, con tantos otros pecadores: los llama... digo muy poco. Las palabras del Evangelio, dictadas por una Sabiduría infinita, expresan con demasiada claridad la intension, la vehemencia de un amor ciego é ilimitado. *Assumit, nos dicen, Petrum, et Jacobum, et Joannem..., et ducit illos in montem excelsum seorsum*: toma á los tres discípulos predilectos y los conduce á la cumbre del monte. ¡Bienaventurado el pecador, que recibe con una pronta docilidad las impresiones de la gracia con que Dios le llama! Su felicidad, en tal caso, es infalible; nada tiene que temer. Al beneficio de la vocacion, seguirán indudablemente los más eficaces auxilios, con los que, robustecido el espíritu, podrá superar cuantas dificultades se le presenten en el camino de la felicidad.

Los toma y los lleva á un monte elevado. No quiero decir que el amantísimo Jesús tomara materialmente á los discípulos, los colocara sobre sus hombros amorosos, y sin que ellos de su parte pusieran cosa alguna, los trasladara al lugar destinado para la manifestacion de su gloria; digo, sí, que viendo la pronta y ciega sumision con que siguen el impulso de la vocacion, tomó de su cuenta el remover todos los obstáculos, suavizar todas las asperezas, desvanecer todas las dificultades, como lo hace constantemente con todos y cada uno de los mortales en iguales circunstancias. Ni la distancia, ni la escabrosidad, ni la elevacion del monte, nada los detiene, nada es capaz de hacerles prever la menor molestia; todo está para ellos llano y expedito, todo les parece suave y delicioso. ¡Dichoso, repito, mil veces feliz, el hombre, que sin oponer la más leve resistencia, sin que le ocurra la menor duda, se presta con una completa docilidad á las inspiraciones, por cuyo medio le prepara la divina Providencia la subida al monte santo por la senda de la verdadera y sólida virtud!

Es preciso confesar, que la subida es áspera, sumamente difícil, porque el monte es muy elevado. ¡Qué penosos sacrificios no exige la práctica de una sólida virtud! ¡Romper los fuertes lazos con que el mundo nos tenia aprisionados! declararse á sí mismo la guerra más obstinada y sangrienta! contradecir á todas las inclinaciones que se han recibido con la naturaleza! privarse voluntariamente de todo cuanto deleita al sentido y á la imaginacion, y sujetarse por eleccion propia á lo que más aflige y mortifica! Difícil, escabroso, vuelvo á decir, parece seguramente el ascenso de tan elevado monte. Así, por lo ménos, opina, tal le parece al miserable, que perfectamente hallado con los bienes aparentes del mundo, no se decide á renunciar su posesion para siempre; ó á lo más, resistiendo á la gracia inapreciable de la divina vocacion, comete la imprudencia de retardar esta empresa para el tiempo de su vejez, en que empiecen á entibiarse ó extinguirse del todo sus pasiones. Mas ¡con qué diferente aspecto se manifiesta á las almas felices, que, reconociendo la voz encantadora de su Dios, la siguen sin repugnancia, la obedecen sin detencion, se apresuran á poner por obra cuanto exige de ellas! El Señor, en premio de su obediencia, las toma por la mano, como que marcha delante de ellas, allanando, suavizando, sembrando de flores, de dulzuras, de satisfacciones el camino, y presentándoles á cada paso nuevas delicias, á cuya vista, lejos de sentir el menor cansancio, se reaniman, se enardecen, corren presurosas, llegan con demasiada facilidad á la cumbre, donde consiguen ver la gloria del Señor.

Luego que llegan los tres discípulos al Tabor, los hace Jesucristo espectadores de la escena más encantadora, la más sublime, la más gloriosa que pudieran imaginar. Es cierto que no les descubrió la gloria toda de su alma, porque eran absolutamente incapaces de conocerla por entónces; pero permitió que en su divino rostro y en sus vestiduras se manifestase algun rayo de aquella brillante claridad, semejante en todo á la que por necesidad resultará en los cuerpos de los bienaventurados de la suma é incomprensible gloria del alma, verificada su reunion. Y esta sola vista es á los discípulos tan extraordinariamente deliciosa y satisfactoria, que absorbe por de pronto todas sus potencias, sacia todos sus deseos, les hace creer que han llegado al colmo de su felicidad. No es extraño: no siendo capaz el hombre en esta vida de formar idea alguna de aquella gloria inefable, que solo puede conocerse en la otra, el Evangelio, por no dejarnos sin noticia alguna acerca de un negocio tan interesante, elige entre las cosas materiales aquellas cualidades que nos parecen acercarse á lo sumo de la perfeccion, como es, por ejemplo, el brillante resplandor

del sol y la sin igual blancura de la nieve; y comparando á Jesús con uno y otra, nos dice, que su rostro nobilísimo resplandecía, despedia rayos tan claros y fulgentes como los de aquél, y sus vestiduras no cedian en albor á ésta. Pero estas comparaciones son demasidamente débiles: cuánto hay de hermoso, agradable y digno de admiracion en todos los séres materiales, todo es imperfecto, grosero y despreciable, si se compara con el divino resplandor que de la gloria del alma se comunicará á los cuerpos de los bienaventurados. Así es, que acostumbrados los apóstoles á ver el sol en su mayor claridad, y la nieve en su más perfecta blancura, sin experimentar la menor admiracion, al ménos extraordinaria, se sienten enajenados, absortos en una especie de embriaguez la más satisfactoria, considerando el rostro y vestiduras de su maestro trasfigurado.

2. Muy semejante á esta suele ser la situacion de algunas almas, que, vencidas las dificultades que el enemigo les oponia al emprender el camino de la virtud, han conseguido con la gracia del Señor hacer admirables progresos en su ejercicio, de modo que puede decirse, que han arribado á la cumbre: ¡Feliz situacion! Allí es donde se les presenta el Señor gloriosamente trasfigurado: allí experimentan la verdadera fragancia, la exquisita suavidad, la incomparable dulzura, la felicidad dichosa de su estado. Los tesoros, los deleites, los honores, toda la gloria del mundo, es ya para ellas una escoria, una inmundicia, una miseria, un peso insoportable. Todo les es indiferente, despreciable, odioso, en comparacion de las delicias que les proporciona el ejercicio de la virtud. A pesar de eso, no deben confiar en ellas demasiado, puesto que no es esa la gloria á que son llamadas. Aún no han concluido su carrera, no han cesado todos los peligros, los enemigos no han abandonado absolutamente el campo, y es seguro que, por reparar la humillacion de las anteriores derrotas, acometerán de nuevo con un furor desesperado, tomando diversas, pero más exquisitas precauciones. Disfrazado el amor propio con la máscara de la virtud, intentará seducirlas; y cuando el Señor, por medio de sus inspiraciones ó por la voz de sus ministros, les haga conocer la necesidad indispensable de negarse á sí mismas, contradecir con mayor ahinco sus deseos, morir al mundo, conformarse con la conducta de Moisés y Elías, que viendo al Salvador en el acto glorioso de su trasfiguracion, ni pensaban, ni hablaban de otra cosa que de los azotes, de las espinas, de los clavos, de la cruz, de la muerte que debia padecer en Jerusalem; entónces, tal vez, cerrarán los oídos á unas palabras tan melancólicas, como lo hacian en el Tabor los tres discípulos, y ocupadas exclusivamente de la tranquilidad y dulzura de su estado

presente, exclamarán como aquéllos, sin advertir que se oponen á la expresa voluntad de su Dios: *Domine, bonum est nos hic esse*: dejádnos, Señor, en este estado, y librádnos de todos los trabajos, miserias y padecimientos de esta vida; no nos obligueis á abandonar esta venturosa situación.

Tal era la impresion que en las almas de los privilegiados apóstoles causaba la trasfiguracion del cuerpo de Jesucristo, que esperaban gozar allí un día eterno, que nada les dejase que desear, y borrára de su memoria hasta la idea de las necesidades más indispensables de la vida. Contémplanse colocados en la cumbre de la felicidad, y solo aspiran á perpetuarla; pero este mismo deseo hace, que por su indiscrecion cambie repentinamente la escena, y desaparezca de su vista el objeto portentoso en que ponian toda su complacencia. Una densa nube, si bien por otra parte luminosa, oculta de improviso á sus ojos aquella vision sorprendente. Á la inefable satisfaccion que los tenia como enajenados, sucede una especie de terror, que los hace caer en el suelo sin sentido; y las amorosísimas expresiones con que el Unigénito de Dios, lleno de dulzura y suavidad, procuraba atraerlos, son reemplazadas por una voz aterradora, que, como un espantoso trueno, sale de los labios del eterno Padre, que lleno de severidad les dice: *hic est Filius meus dilectus... ipsum audite*. Que es como si dijera: imprudentes, ¿tendreis la osadía de oponeros abiertamente á los eternos é infalibles designios de la Providencia? Vuestro sapientísimo Maestro os ha anunciado repetidas veces su pasion y muerte afrentosa, como el único medio de proporcionar la bienaventuranza á todos los hijos del primer pecador; la ley toda de Moisés es una viva y expresa representacion de esto mismo: los profetas lo aseguran con la mayor claridad y frecuencia; y vosotros ¿pretendeis retraer el obedientísimo Jesús de su viaje á Jerusalen, solo por gozar una débil sombra de la felicidad que aquel ha de reportaros? Conoced vuestra indiscrecion, y tened entendido, que vuestro Maestro, á quien veis glorificado, es el Unigénito de Dios, un mismo Dios con el Padre eterno, la verdad por esencia, la sabiduria infinita, el único oráculo que debéis escuchar: *Ipsum audite*. Oid, pues, sus palabras, seguid sus consejos, obedeced sus mandatos, y despreciad con resolucion las sugestiones del amor propio y del interés que promueve Satanás, para convertir en un medio de condenacion la felicidad misma de vuestro estado presente.

Oidle, almas justas, y no creais que vuestra felicidad está vinculada á esas consolaciones transitorias que os suele dispensar el Señor, acaso sin otro objeto, que el de reanimar la tibieza y debilidad que

mostrais en los ejercicios espirituales. Oidle, y recibiendo con humildad esos consuelos, no tratéis de exigir como de derecho su continuacion. Oidle, no sea que envíe sobre vosotros la nube de la tribulacion, que convierta vuestro gozo en una amargura insoportable; no sea que, de lo contrario, le pongais en la precision de cambiar en severidad su ternura, y de haceros conocer por experiencia, que es indispensable el viaje á Jerusalen en busca de la cruz. Oidle, puesto que sabeis, que es la sabiduria infinita; y persuadios á que la verdadera gloria no puede disfrutarse en esta vida mortal: conoced, por último, que el mundo es un campo de batalla, en que nunca debe cesar el combate contra nosotros mismos, que solo perseverando hasta el fin, podemos asegurar la eterna bienaventuranza.

Oigámosle con docilidad. ¡Ay de aquel, que rehuse reconocerle por Unigénito de Dios, Juez y Salvador de los hombres! ¡Desventurado! pues desde aquel momento fulminó contra sí mismo la sentencia de eterna reprobacion. Oigámosle, y dejémonos conducir ciegame por su mano. El camino, en los principios, es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con más sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse*. Amen.

FELICIDAD DE LOS JUSTOS

EN ESTE MUNDO.

II.

*Non contristabit justum quicquid ei acciderit:
impii autem replebuntur malo.*

Ningun acontecimiento podrá contristar al justo: los impíos, al contrario, estarán llenos de pesadumbres.

(Prov. XII, 21.)

La felicidad es el destino del hombre, pues no hay uno que no desee ser feliz; y la razón nos dice, que Dios no nos ha dado facultades sin objeto, ni deseos que no puedan verse satisfechos. Pero la mayor parte de los hombres buscan la felicidad en los bienes de la tierra, que no pueden llenar el vacío de nuestro corazón; por eso su vida es un continuo flujo y reflujo de ardientes deseos y de falaces esperanzas, de gustos y de desabrimientos. Pasan los días en desear lo mismo de que huyen, y en apartarse de lo que han encontrado, en repudiar un proyecto por adoptar otro, y en desposeerse de un bien que conocen, por adquirir otro que no conocen. Dominados siempre por el lisonjero engaño de una felicidad, que se les representa en lontananza, y que huye y se desvanece luego que creen haberla conseguido, lamentan-se de su estado miserable; los unos, agobiados bajo el peso de los infortunios y de la pobreza; los otros, oprimidos con los sinsabores y embarazos de la prosperidad.

Solo los justos son felices en la tierra; y ¿sabeis en qué consiste su felicidad? Consiste en la luz de la fe, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace más amargas las del pecador. Consiste en las dulzuras de la gracia, que calman todas las pasiones, y que, negándose al corazón corrompido, le dejan entregado á sí mismo. Voy, pues, á manifestar estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud. Pero ántes de empezar, imploremos los auxilios del Espíritu Santo, por medio de la intercesion de María. A. M.

1. La raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores; y solo somos infelices porque nos equivocamos en

el juicio que hacemos de los bienes y de los verdaderos males. Los justos, que son hijos de la luz, son mucho más felices que los pecadores, porque están más ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios, suavizan sus penas; y la fe, que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas, entregadas á sus pasiones, hallan el principio de todas sus inquietudes. Para daros á conocer esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que, ya sea que un alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya, finalmente, se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela; todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado; todo hace que su estado sea infinitamente más feliz que el del alma que vive entregada al desorden, y que en estos tres estados solo halla amargas y temores secretos.

Porque, en primer lugar, por más entregado que esté un pecador á todos los desórdenes de su corazón, nunca le arrastran tanto los deleites presentes, que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad, que se van quedando atrás. Aquellos días de tinieblas, que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente, que no presenten, en ciertos tiempos, á su memoria ideas importunas, que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representándole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto cuando los cometia, porque entónces solo los veia sucesivamente; se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones resistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz y formado, segun parece, para la virtud: represéntansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles monstruos á quienes casi no se atreve á mirar. Esto es lo que detrás de sí deja el pecador; por lo que es infeliz, si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida al momento presente; y para ser dichoso es necesario que no piense, sino que, como los animales mudos, se deje llevar del atractivo de los objetos presentes, y que apague y ofusque su razón si quiere vivir tranquilo.

Pero ¡oh Dios mio! ¡y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡Y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, los pensamientos más agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada; es cierto que en ellos ve la parte de su vida que entregó al mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presen-